

Año LXXVIII. urtea

268 - 2017

Mayo-agosto
Maiatza-abuztua



Príncipe de Viana

SEPARATA

La batalla de Belate (1512): una revisión crítica

Pedro ESARTE MUNIÁIN

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXVIII · nº 268 · mayo-agosto 2017
LXXVIII. urtea · 268. zk. · 2017ko maiatza-abuztua

ARTE

Maestros carpinteros. Una saga familiar: los Biguiristi Raquel Idoate Ancín	403
<i>Ad Xaverii gloriam.</i> El programa iconográfico del antiguo colegio jesuítico de Tudela Eneko Ortega Mentxaka	431
El pintor Salustiano Asenjo: contribuciones al estudio de su figura y su obra José María Muruzábal del Solar	457

HISTORIA

Brianda de Vaca, la <i>amada nuestra</i> de Carlos de Viana. Origen e identidad. Una historia de linajes Juan Boix Salvador	487
La batalla de Belate (1512): una revisión crítica Pedro Esarte Muniáin	523
Zenbait datu demografiko Sakanan XV. mendearen hasieran Jose Luis Erdozia Mauleon	547
El capitán Lope de Elío y Sarasa. Un navarro veedor de armas del rey Felipe II Francisco Javier Baztán Moreno	589
De Nueva España a Navarra: el mayorazgo y la casa principal de José García de Salcedo en Milagro Pilar Andueza Unanua	623
La prensa periódica leída por los sacerdotes navarros en la época de Primo de Rivera Santiago Casas Rabasa	657

Sumario / Aurkibidea

LITERATURA

Petachia de Regensburg, viajero judío contemporáneo de Benjamín de Tudela José María Rodríguez Ochoa	679
Currículums	717
Analytic Summary	721
Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	725

La batalla de Belate (1512): una revisión crítica

Belateko gudua (1512): berrikuspen kritikoa

The Battle of Belate (1512): a critical review

Pedro ESARTE MUNIAIN
Historiador
pelloesarte@gmail.com

Recepción del original: 16/01/2017. Aceptación provisional: 14/02/2017. Aceptación definitiva: 22/03/2017.

RESUMEN

El presente estudio trata de arrojar luz sobre la batalla de Belate (1512), a la luz de la documentación inédita que clarifica las versiones, a veces contradictorias, existentes en torno a este episodio de la conquista de Navarra. Se trata de dilucidar, asimismo, lo que ocurrió durante los siete días de las jornadas militares sobre las que existe un vacío de información en relación al paso del puerto en invierno, y que pueden ser reconstruidos a través de otras fuentes.

Palabras clave: conquista de Navarra; 1512; batalla de Belate; reino de Navarra; reino de Castilla; historiografía.

LABURPENA

Azterlan hau Belateko gudua (1512) argitzen saiatzen da, Nafarroako konkistaren gertaera honen inguruan dauden bertsiok –batzuetan kontraesanezkoak– argitzen dituen argitaragabeko dokumentazioaren harira. Gainera, azaldu nahi da zer gertatu zen mendatea neguan iragateko militar jardunaldiek iraun zuten zazpi egunetan, informazioa falta delako eta bestelako iturriez baliatuz pasarte berregin daitekeelako.

Gako-hitzak: Nafarroako konkista; 1512; Belateko gudua; Nafarroako erresuma; Gaztelako erresuman; historiografia.

ABSTRACT

This study aims to shed light on the battle of Belate (1512), taking into consideration unpublished documentation that clarifies existing, often contradictory versions, of this episode in the conquest of Navarra. We also aim to throw light upon what happened during the seven days of the passage of the army through the mountain pass in winter, an information gap that can be filled through other sources.

Keywords: conquest of Navarra; 1512; battle of Belate; kingdom of Navarra; kingdom of Castilla; historiography.

1. EL FRACASO DEL INTENTO DE RECUPERACIÓN DEL REINO. 1.1. El sistema de tierra quemada y encierro de los castellanos en Pamplona. 1.2. Los cercadores. 1.3. Los cercados y el orden impuesto en Pamplona. 2. FRACASO DEL ASEDIO Y RETIRADA DIFÍCIL. 2.1. Los acontecimientos que movieron a levantar el cerco. 2.2. Los preparativos para levantar el cerco. 3. LAS VERSIONES. 3.1. Versión de Boissonnade en la edición publicada por el Gobierno de Navarra. 3.2. La versión enciclopédica francesa. 3.3. La legendaria versión de Correa. 3.4. El relato de Mártir de Anglería. 3.5. El relato del enfrentamiento en Egozkue por sus protagonistas. 4. UN ANÁLISIS CRÍTICO EN TORNO A LAS VERSIONES CREADAS. 4.1. Las supuestas participaciones locales. 4.2. Belate: un enfrentamiento no aclarado. 4.3. El saqueo del monasterio de Belate. 4.4. La Venta de Odolaga. 4.5. Consolidación de la conquista. 5. LA CONFRONTACIÓN MILITAR NO CULMINÓ EN BELATE. LA SIMILITUD DE INTERESES DE FRANCIA Y ESPAÑA FRENTE A NAVARRA. 6.1. Los intereses de ambas monarquías. 6.2. Las paces de Urtubia y Orleáns. Sus artífices. 6.3. Fernando y sus concordias analizadas por Maquiavelo. 7. CONCLUSIONES. 8. LISTA DE REFERENCIAS.

1. EL FRACASO DEL INTENTO DE RECUPERACIÓN DEL REINO

La batalla de Belate, uno de los episodios centrales y de simbolismo más controvertidos de la conquista de Navarra, ha sido objeto de interés por parte de los historiadores desde la época moderna hasta la actualidad, como quedó plasmado entre los autores que abordaron los acontecimientos bélicos de diciembre de 1512. Tras las páginas que dedicamos al tema en nuestro libro (Esarte, 2001, pp. 144-150), apenas se ha seguido profundizando en el tema¹, objetivo que perseguimos con este trabajo.

1.1. El sistema de tierra quemada y encierro de los castellanos en Pamplona

Sintetizando lo que hemos tratado de manera más extensa en otros estudios², la primera fase de la conquista de Navarra, tras la ocupación del reino por el duque de Alba en julio de 1512, se dio un intento de recuperación que fracasó después de un mes aproximado de cerco de Pamplona durante el mes de noviembre. En cuanto un ejército franco-navarro se puso en marcha, los castellanos se preocuparon de recuperar Sangüesa y Tudela (ya derribadas sus defensas) y tomar Estella y Tafalla, entre otras plazas fuertes, como medidas válidas para dividir las tropas que pretendían recuperar

1 Los autores posteriores que han tratado sobre la batalla de Belate lo han hecho de una manera sintética, como Ayerbe (2009), Pescador (2012, pp. 206-208), Monteano (2010, pp. 81-84). Una crítica a este último autor en Esarte (2011, pp. 55-56).

2 Esarte (2001; 2011). Aspectos sobre los que han tratado también los autores citados en la nota anterior, así como Ador (2015), Ostolaza, Panizo & Berzal (2011), y Monreal & Jimeno (2011, pp. 109-194, con recogida sistemática de la bibliografía en pp. 128-132).

el reino. Al mismo tiempo, los castellanos prepararon la defensa de Pamplona con las tropas del duque de Alba y Alcaide de los Donceles, a las que se unieron las de Fonseca, mientras que las guarniciones de Luis de la Cueva y Juan Ramírez ocuparon la zona de Sangüesa, Lumbier y Cáseda.

El cronista y biógrafo del duque de Alba, Luis Correa, fue el principal trasmisor de los acontecimientos y el más directo observador de ellos (Correa, 2000). Relata cómo el coronel Villalba hizo a su paso tierra quemada, destruyendo en la Cuenca de Pamplona edificios, tapiales, molinos, sembrados, viñas, frutales y graneros, para que las tropas que pretendían cercar Pamplona no pudieran encontrar lugares de asiento ni avituallamientos.

Posteriormente, el duque de Alba instaló sus tropas en el convento pamplonés de Santa Eulalia, sacando a los frailes de su interior, y convirtiéndolo en su cuartel general. Al mismo tiempo preparó la defensa de la ciudad con sus vecinos, obligados a trabajar en las obras y servir de rehenes.

Militares instruidos en los múltiples conflictos que mantenía Castilla en Italia y en el norte de África evitaron que las fuerzas sitiadoras se parapetasen en las inmediaciones de las murallas pamplonesas y acercasen peligrosamente sus cañones. El duque ordenó la destrucción de numerosos edificios extramurales, casas y paredes. La propia casa del obispo fue destinada a polvorín y sala de juicios, donde se veían casos de acusados por rebeldía y desobediencia al Católico. El cerco de Juan III de Albret solo duró un mes escaso, y los atacantes hubieron de abandonar por falta de avituallamientos.

1.2. Los cercadores

Para el 3 de noviembre, las tropas de Juan III ya habían cerrado el cerco a la capital del reino³. La composición de su ejército era ciertamente variada, como la de todos los de la época: navarros y gascones (bearneses) pertenecientes a territorios de los Albret, junto con albaneses y lansquenets alemanes. Más de veinte mil hombres que contaban con ocho morteros y otras piezas de artillería. El cronista castellano Correa, que aporta unas cifras ligeramente superiores, confirma la presencia de más de diez mil soldados de sus dominios peleando al lado de rey Juan. No obstante, como ya se ha dicho, el cerco no fue efectivo.

La llegada del mal tiempo, y con las tropas castellanas protegidas tras los muros de las fortificaciones y alojadas en las casas de Pamplona, fueron factores que jugaron en contra de los navarro-gascones. El desabastecimiento de víveres y los efectos de la climatología se hicieron sentir con mayor fuerza en el ejército sitiador, al estar desplegado en campo abierto y sin la posibilidad de abastecerse de las tierras liberadas por la

3 Además de mis obras anteriormente citadas, el cerco de Pamplona ha sido analizado por la mayor parte de los autores que han estudiado la conquista de Navarra. *Vid.* un estado de la cuestión actualizado en Jimeno (2012, pp. 221-228).

táctica de tierra quemada aplicada por el duque de Alba. Pronto, el ejército de Juan III hubo de alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas, y utilizar como combustible las cepas de vid y otros arbustos que aún quedaban en la devastada Cuenca de Pamplona, de forma que corrían el peligro de convertirse de cercadores en cercados.

El cerco, además, quedó debilitado cuando tuvieron noticias de la cercanía del duque de Nájera y su predisposición a romper el sitio de la ciudad de Pamplona. El cerco fracasó definitivamente tras un mes de intentos fallidos de tomar la ciudad.

1.3. Los cercados y el orden impuesto en Pamplona

En el interior de la capital navarra, los castellanos y sus adictos habían hecho frente a los ataques. Se reparaban rápidamente los desperfectos causados por la artillería en las defensas. Las rondas nocturnas fueron encomendadas al coronel Villalba, que ordenó a los pamploneses, bajo pena de muerte, que colocaran lumbres en todas las ventanas para iluminar las calles y que se aprestaran a acudir armados en cuanto se diera la señal de alarma. La ciudad se repartió en zonas y su defensa fue encomendada a distintos capitanes. Para facilitar la comunicación entre estas zonas y poder prestar una ayuda rápida allí por donde viniera el ataque, se derruyeron diversas casas y se abrieron corredores y belenas.

Los asediados comenzaron a sentir casi de inmediato el problema del hambre. El trigo se comía cocido y ya no se encontraban chirivías y zanahorias en las huertas; habas y castañas constituían, cuando se encontraban, el único alimento. Los caballos eran mantenidos a base de sarmientos. De Pamplona huían quienes no tenían nada que perder, y quienes podían empuñar armas se alistaban para poder comer los dos ranchos dados a la tropa. Según las crónicas, se apuntaron al ejército ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados de los caballeros encerrados.

Dadas las dificultades planteadas para la toma de la ciudad mediante un asalto, a partir del 8 de noviembre las tropas de Juan III decidieron reforzar el bloqueo de suministros. Pero el cerco no fue efectivo al cien por cien, puesto que quedaron numerosos flancos libres, por no atreverse los sitiadores a dividir los campamentos por la proximidad de los refuerzos castellanos. Desde zonas bajo su control, como Cáseda, el duque de Alba obtuvo diversos suministros y las noticias de que el duque de Nájera reunía tropas para acudir en su socorro.

Dentro de la ciudad creció el malestar de los vecinos, que se vieron obligados a alojar a una numerosa tropa. A pesar de las colaboraciones de los pamploneses, los castellanos tomaron muchas precauciones frente a un vecindario de cuya fidelidad dudaban. Y es que estos, como relataba Mártir de Anglería, «habían de guardarse las espaldas de los vecinos [...] con no inferior cuidado y no menos solicitud que de la cara de los enemigos» (Mártir de Anglería, 1953-1956). Pero con todo, la ciudad no se sublevó, y el hambre y el frío comenzaron a bajar la moral de las tropas sitiadoras. El tiempo corría en contra de los intereses de Juan III, de ahí que decidiera lanzar un ataque el 25 de noviembre, víspera de la festividad de Santa Catalina. Previamente hubo de acom-

terse la toma del castillo de Tiebas, cuya situación estratégica en la ruta del sur lo hacía sumamente importante para completar el cerco e impedir la llegada de refuerzos una vez iniciado el ataque a la capital.

2. FRACASO DEL ASEDIO Y RETIRADA DIFICULTOSA

2.1. Los acontecimientos que movieron a levantar el cerco

La decepción de los navarros ante la imposibilidad de recuperar la capital del reino fue cada día mayor. Los campesinos de la Cuenca esperaban con sus carros y bestias para poder entrar en la ciudad y los desterrados desesperaban en su deseo de expulsar a los castellanos de sus casas y poder retornar junto a sus mujeres e hijos. La desmoralización por los fracasos y las privaciones sufridas se extendieron en el ejército navarro-gascón, sumándose a esto las noticias que les llegaban de la proximidad de las tropas castellanas que acudían en ayuda de los sitiados.

Aún se intentó conseguir la entrega pacífica de la plaza negociando una capitulación. Dos capitanes alemanes se entrevistaron con el duque de Alba en las estancias del conde de Lerín, ofreciendo garantías de que si los castellanos rendían la plaza, el rey navarro les permitiría marchar desarmados hacia Castilla. La respuesta a este ofrecimiento debía darse antes de las diez del día siguiente, festividad del patrón de la ciudad. Pero el duque, que sabía de la pronta llegada del ejército de socorro, no aceptó el trato, mostrándoles su decidida postura de luchar y ordenándoles que no enviaran nuevas embajadas.

Ante la negativa a rendirse, Juan III de Albret decidió realizar un último ataque el mismo día 29 de noviembre, festividad de San Saturnino. Pero no todos sus generales estaban de acuerdo, puesto que aunque los alemanes querían ir al combate, La Palice veía inútil cualquier intento de asalto. La tensión fue grande. Mientras el rey navarro se estaba armando en el cuartel de La Merced, dispuesto a entrar en la ciudad por la fuerza o a morir en el intento, La Palice hizo detener a los capitanes alemanes que le iban a acompañar, imponiendo su autoridad de capitán general. Se negó así a permitir un ataque suicida y consiguió persuadir al de Albret, no solo para que cesase en su intento, sino incluso para levantar el cerco e iniciar la retirada hacia el otro lado de los Pirineos.

2.2. Los preparativos para levantar el cerco

El mismo día 30 de noviembre comenzaron los preparativos para la marcha. La artillería fue retirada de sus posiciones y comenzaron a partir los primeros contingentes de tropas, dejando atrás a los heridos que no estaban en condiciones de andar. Esa noche aún pernoctaron en el convento de Santa Engracia las últimas unidades de escopeteros. A la mañana siguiente, primer día de diciembre, las unidades alemanas que cubrían la retaguardia partían de Ansoáin en perfecto orden, poniendo rumbo hacia Villava/Atarrabia. Finalizaba así el cerco que había durado un mes.

La marcha de las últimas unidades navarro-gasconas, alemanas y de otros territorios del Pirineo aún pudo ser vista por el ejército de socorro del duque de Nájera, que en la madrugada del mismo día llegaba al alto de Erreniega (El Perdón) desde Puente la Reina. Con él cabalgaban el Alcaide de los Donceles y varios nobles castellanos comandando la caballería. Los seis mil infantes, al mando de los coroneles Gómez de Butrón, Martín Ruiz de Avendaño y Rengifo llegaron a la ciudad y se instalaron en el convento de la Merced, donde tan solo unas horas antes se alojaban las tropas alemanas de Juan de Labrit.

Según relata Correa, ya en plena retirada, La Palice citó a los duques de Alba y de Nájera para que presentaran batalla en campo abierto. La contestación dada al enviado navarro-gascón por el duque de Nájera, en su calidad de mando más antiguo fue ciertamente burlona y retadora: «que esperasen pues parecían estar de camino y que no solo allí, mas en los rasos campos de Burdeos se la presentaría». Conocida la respuesta, hacia las diez de la mañana, el ejército legitimista desplegó sus banderas y emprendió la marcha hacia el Baztán, sin saber todavía que en el nevado puerto de Belate tendría lugar uno de los episodios más nombrados de aquella guerra.

3. LAS VERSIONES

3.1. Versión de Boissonnade en la edición publicada por el Gobierno de Navarra

Prosper Boissonnade titula el capítulo referido a lo acontecido en Belate como «Desastrosa retirada del ejército francés, 30 de noviembre-6 de diciembre», siguiendo a Zurita, Correa y Mártir de Anglería para fijar la fecha de salida, ya que todos ellos parten de que el día 29 de noviembre faltaba ya el pan. Dadas las coincidencias en las fechas de estos autores y los que le siguieron, parece ser que fue efectivamente el día 30 de noviembre el día de la partida, dejando a los heridos a buen recaudo y nunca de noche, como afirma Mártir de Anglería, interesado en crear la sensación de que escaparon escondidos (Boissonnade, 2005, pp. 542-546).

La versión de Boissonnade, que no se corrige en la edición que consulto para este trabajo, es que las tropas francesas cruzaron el Arga hacia la sierra de Sansueña (Ansoáin), cuando este pueblo ya constituía el promontorio donde se hallaba el campamento mayor, detrás del cauce del Arga. El grueso de las tropas nunca lo cruzaron y solo fue sobrepasado por las vanguardias en los mejores momentos del cerco de la ciudad.

El abandono no fue desordenado, pues los heridos fueron dejados a cubierto en los conventos de San Francisco y La Merced, para que fueran recogidos, tal como ocurrió según todas las versiones. La retirada fue debida, además, a la cercanía de las tropas del duque de Nájera, ya en las faldas de Tiebas, dispuestas a intervenir en apoyo de los cercados. En el desafío que el general en jefe La Palice dio al duque de Alba aludió a que su retirada se producía por la falta de comida, hecho que solo pudo darse tras tener la seguridad de que la infantería se hallaba salvaguardada y la caballería dispuesta en retaguardia y cubriendo la retirada del grueso de las tropas.

Más adelante, Boissonnade afirma que «la retirada se realizó con orden, la artillería iba en el centro» y los lansquenets alemanes detrás. El grueso de las tropas lo estima en tres mil caballos, dieciséis mil infantes y doce piezas de artillería, en ruta hacia Baiona, que la fija en su paso por Baztán. El día 3 las ubica todavía tan solo a tres leguas de Pamplona, cuando la infantería hacía cuatro días que había abierto la marcha según sus propias estimaciones.

Independientemente de un grupo de bearnese que tomaron el camino de Aoiz y que se cita como liquidados por adictos al conquistador, y los mil trescientos infantes del coronel Villalba destinados a perseguir a la retirada –según Zurita–, no encontramos ningún hecho sobre la ruta seguida por el grueso de las tropas encaminadas por Belate. Las citas sobre «hazañas» posteriores se basan en argumentos relatados con un único objetivo, la obtención de mercedes, por los mismos que llevaron a cabo las acciones militares.

En esta ocasión Boissonnade asume sin crítica histórica los datos aportados por los que llevaron a cabo el ataque:

A la entrada del valle de Baztán [...] hubo sensibles pérdidas; los montañeses cortaron los senderos del valle, cavando fosas disimuladas por ramas, donde caían los caballos, habían atravesado hayas en los caminos y no se avanzaba más que lentamente [...] los lansquenets, mediando algo de dinero, terminaron tirando los cañones [...] cerca de la sierra de Belate, hubo que hacer frente todavía a 3.000 montañeses que bajo las órdenes de López de Ayala, ocuparon los pasos de todos los arroyos; hacia los flancos de la montaña, aparecían otras banderas comandadas por el señor de Lizarazu.

Boissonnade da la cifra de mil muertos, reconoce prisioneros llevados a Pamplona y señala la fecha de 6 de diciembre como la del día que las tropas llegaron a Baiona. También se hace eco el autor francés de la sublimación hispana: «parecía mostrar que la misma providencia favorecía a los españoles que vieron en efecto, en esta inesperada victoria, una nueva prueba del favor divino» (Boissonnade, 2005, pp. 544-546). La autora de la traducción y anotaciones, Eloísa Ramírez Vaquero, no encontró ninguna objeción que aportar o refutar a la falsedad del relato. En realidad, todos los autores españoles han validado el conjunto de teorías vertido por Boissonnade.

3.2. La versión enciclopédica francesa

No está clara la razón por la que el editor de la *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco* eligió la fuente francesa de *Le Loyal serviteur* (cap. IV, pp. 100-101) para narrar los hechos de la batalla de Belate, que reproducimos a continuación:

[...] dejaron con la artillería dos hombres que le pegasen fuego contra el señor de Lizaur y su gente; porque en tanto ellos se pudiesen salvar, haciendo pago con la artillería. Hubo efecto el engaño de los alemanes; porque la artillería jugó y los guipuzcoanos se tendieron en el suelo: así el artillería no los pudo coger; y como el estrépito y humo fuese grande, y muy espeso, a gran paso los alemanes se pudieron poner en lugar seguro.

El señor de Lizaur cuando vio que el artillería no jugaba, primero creyó que algún engaño fuese; mas como viese que tardaban en tirar, y ningún temor de gente oyese, él solo abajó, secreto entre las matas, viendo la artillería sola arremetió a ella con gran alegría diciendo España, España: los suyos a las voces abajaron a él y cabalgaron en el artillería. En esto llegó el señor de Velastegui, al cual Lizaur encomendó el artillería; y él con sus hombres siguió a los alemanes; y aunque todos estaban en salvo, algunos con la gran hambre, no pudieron caminar, fueron alcanzados e muertos; otros muchos fallaron abrazados con los troncones de los árboles, en ellos los dientes fincados y muertos de hambre: otros mordiendo en la tierra ya expirando: Y hasta mil alemanes se supo ser muertos de hambre y de hierro, en solo aquel día, y de frío; que como los cuerpos tomaba vacíos, el hielo fácilmente los penetraba.

Diego López de Ayala, que en las angosturas de los montes estaba esperando los franceses, supo como por cima de sierra caminaban, y no pudiendo más hacer se volvía; y en el camino supo ser la artillería perdida de socorrella porque los franceses no volviesen por ella: dio con su llegada gran esfuerzo al señor de Lizaur y al señor de Velastegui; y luego Diego López proveyó luego como él lo escribió y embiole doscientas acémilas cargadas de pan y vino y carne, y con ellas seiscientos infantes de Álava para que con el artillería viniesen, y Diego López se fuese a poner recaudo en Fuenterrabía. Pues como las acémilas llegaron, a gran prisa, fueron cargados los tiros y vinieron a Pamplona lunes que fueron trece de diciembre de quinientos y doce años; la cua entró en esta orden.

Venían en la delantera quinientos lacayos guipuscoanos que tomaron el artillería: luego venían doce piezas ocho sacres y dos cañones y dos culebrinas, que eran las doce piezas. Estas cuatro piezas mayores estaban llenas de cruces de Jerusalén que el rey Carlos (VIII de Francia) había fecho cuando, so color de conquistar a Jerusalén, tomó a Roma y a Nápoles y toda Italia; algunos creían que estas cuatro piezas eran del Duque de Loreina que se llama rey de Jerusalén: tras el artillería venían quinientos vizcainos, que Diego López de Ayala envió con ella para mayor seguridad: la retaguardia traían los albaneses que el Duque envió.

El Duque como supo que la artillería venía, cabalgó con los caballos que con él estaban aunque eran pocos, que los más se habían ido ya: unos que siendo gentiles hombres, se eran idos por se hallar en el alarde de Logroño: otros que se habían ido con Fonseca y con el comendador mayor de Castilla. Y así recibida el artillería, en su corazón daba gracias a Dios porque, al tiempo que más que más sin pensallo estaba, le había traído a sus manos la mejor parte del ejército francés. Quejábase porque al tiempo que él quería dar en los enemigos, donde esperaba con ayuda de Dios fácilmente desbaratallos, le había faltado el poder; más no pudiendo remediar a lo ya pasado habló amorosamente al señor de Lizaur y al señor de Velástegui, porque como valientes hombres habían quitado el artillería a los franceses, prometiéndoles mercedes, las cuales el rey confirmaría. La artillería fue metida en palacio del Rey con muy grande alegría de la gente. Por esta acción de Belate la reina doña Juana hizo añadir al escudo guipuzcoano el cuartel de los 12 cañones (*Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, vol. 4, pp. 100-101).

3.3. La legendaria versión de Correa

La versión más próxima, pero a la vez más interesada, de los hechos corresponde a la de Luis Correa⁴, cronista de la conquista al acompañar al duque de Alba. Según este relato, publicado en 1515, el señor de Lizaur, uno de los nobles guipuzcoanos que trataba de hostigar la retirada del ejército navarro-gascón con unos trescientos ballesteros, sorprendió en las estribaciones de Belate a un grupo de alemanes transportando parte de la artillería empleada días antes para batir los muros de Pamplona. Los lansquenets, creyéndose atacados, se dieron a la fuga, no sin dejar dos artilleros que cubrieron su retirada abriendo fuego contra los guipuzcoanos, quienes cuerpo a tierra evitaron los proyectiles. Poco después, en medio del humo y viendo que el tronar de los cañones había cesado, el propio señor de Lizaur se atrevió a acercarse. Cuál sería su sorpresa al ver abandonadas las piezas, de las que se apropió con gran alegría al grito de «¡España, España!».

Poco después hizo acto de presencia el noble guipuzcoano, señor de Berástegui, a quien el de Lizaur encomendó la artillería para seguir en persecución de los que huían. Alcanzó a muchos de los que, hambrientos y helados, agonizaban en los caminos incapaces de seguir a sus compañeros. Con notable exageración, el cronista afirma que fueron más de un millar los alemanes muertos ese día «abrazados con los troncos de los árboles, en ellos los dientes fincados y muertos de hambre; otros mordiendo en la tierra ya espirando». Fue entonces cuando se dice que apareció Diego López de Ayala, alcaide de la fortaleza de Fuenterrabía, quien había salido de esa plaza para cerrar los pasos al ejército de Juan de Albret. Regresaba sin haber podido entablar combate, cuando tuvo noticia de la captura de los cañones. Al temer que los navarro-gascones trataran de recuperarlos, mandó un mensajero al duque de Alba para que a toda prisa le enviase dos centenares de mulas con el fin de arrastrar las piezas más pesadas (dos cañones y dos culebrinas), mientras las ligeras sacras eran puestas a salvo con el esfuerzo de sus propios hombres. El duque no tardó en enviárselas con unos seiscientos alaveses.

Así, el lunes 13 de diciembre, vuelto Diego López de Ayala a Fuenterrabía, hacían su entrada en Pamplona las doce piezas de artillería, escoltadas por los guipuzcoanos que las capturaron, los alaveses que las transportaban y medio millar de vizcaínos que López de Ayala había dejado para mayor seguridad. Lleno de júbilo por haber capturado «la mejor parte del ejército francés», el propio duque de Alba recibió a los señores de Lizaur y Berástegui, a quienes prometió en nombre del rey castellano-aragonés todo tipo de mercedes. Correa finaliza su relato añadiendo que la artillería fue introducida en el palacio real de Pamplona.

3.4. El relato de Mártir de Anglería

El protagonismo de los señores guipuzcoanos palidece en la versión del canciller de Fernando el Católico. Según él, en la captura de los cañones participaron unos tres mil guipuzcoanos y alaveses reclutados por Juan de Silva, gobernador y capitán general

4 Correa (1843, pp. 249-255). Lizaur ostentaba grado de coronel con mando en tropas profesionales.

de Gipuzkoa, quien pretendía cerrar el paso al ejército que huía. Como quiera que Silva avanzaba lentamente, el medio centenar de jóvenes guipuzcoanos que iban como avanzadilla se adelantaron al grueso de la columna observando los desfiladeros cuando ya el grueso del ejército en retirada los había atravesado. Sin embargo, consiguieron sorprender a un grupo de alemanes que, agotados por el frío, el hambre y el cansancio, se dispersaron sin ofrecer ninguna resistencia. En su apresurada huida abandonaron la impedimenta, entre la que figuraban diez cañones, si bien pudieron arrojar a un profundo barranco una de las piezas más pesadas. Según relata Mártir de Anglería, el gobernador Silva, en un alarde de incompetencia militar, llegó tarde a la acción. Fue entonces cuando hizo su aparición Miguel de Donamaría, que con sus tropas acudió a ocupar los desfiladeros. Todo parece indicar que los dirigentes castellanos de Gipuzkoa buscaban ser protagonistas de acontecimientos bélicos que les permitiesen ganarse el favor del soberano. Iban guiados por naturales que conocían los senderos mandados por Juan de Silva y Diego López de Ayala. Estos encontraron los cañones, sin que se precisen otros detalles sobre las tropas de uno y otro, sino la captura conjunta de los cañones. En cualquier caso, la tardía llegada de unos y otros no permitió cerrar el paso al ejército navarro-gascón⁵.

Así pues, solo se citan los cañones abandonados y/o desperdigados, y uno caído en un barranco. Las fuentes guipuzcoanas, que recogen los hechos ya en el siglo XIX, otorgan el protagonismo a sus provincianos. El reducido contingente de alemanes que debía dedicarse a la custodia de la artillería fue, al parecer, asesinado. Como reconocen las propias fuentes castellanas, no hubo apenas combate y mucho menos batalla⁶.

3.5. El relato del enfrentamiento en Egozkue por sus protagonistas

Al margen de las crónicas anteriores, interesadas en resaltar el protagonismo de los participantes, tenemos noticias de las escaramuzas protagonizadas por tropas de origen diverso, que se enfrascaron en perseguir a los navarros que acompañaban a Juan de Labrit cuando este levantó el cerco de Pamplona. Así, cumpliendo órdenes del duque de Alba, capitanes del Católico como Charles de Góngora, Charles de Artieda, Miguel de Donamaría y Gracián de Ripalda, hostigaron la retirada del ejército navarro-gascón. Precisamente ese último, el señor de Ureta, capitaneando una cuadrilla entre las que se encontraban Miguel de Zubiri, el mercader Lorenzo de Oharritz, el escudero Jaime de Setoáin, el zapatero pamplonés Adán de Ziga y Luis de Irurre, entre otros, alcanzaron cerca de Egozkue a un grupo de navarro-gascones, algunos de los cuales yacían muertos en el camino. Entablado el combate, murió de un tiro Luis de Irurre, mientras varios

5 Mártir de Anglería (1488-1525) (1953-1956, tomo III, pp. 96-97). Estos hechos se relatan por este canciller en la carta enviada el 18 de diciembre de 1512 al Alcaide de los Donceles, instituido esos días como virrey de Navarra. El protagonismo concedido a Silva en el mando de la tropa, en contraste con Correa –que lo atribuye a Diego López de Ayala–, revela el acaparamiento de éxitos por parte de los mandos militares, como vía para colmar sus ambiciones. Ambos conjuntaron sus fuerzas establecidas en Gipuzkoa. Juan Pérez de Lizaur o Lizarazu ostentaba el cargo de coronel al mando de tropas del gobernador Silva. Cit. Isasti (1850, p. 95).

6 La conclusión transcrita que ofrece Anglería (1953-1956, t. III, n.º 512) tras estos hechos el 18 de diciembre de dicho año es que, «de esta manera el reino de Navarra, que hasta ahora en poder de los franceses, picaba en la nariz de los españoles y les hacía bramar de indignación fue incorporado a la Corona de España».

contrarios murieron o fueron heridos y dos caballeros bajo-navarros, los hermanos Asiáin, acabaron siendo hechos prisioneros. También cayeron en manos de Gracián de Ripalda y sus lacayos, sesenta caballos, ropas, dineros, armas y otras cosas que se repartieron. Desde Egozkue, los presos fueron conducidos a Eugi y de allí a la torre de Ureta, a la espera de negociar su rescate a cambio de dinero. Este objetivo no pudo ser alcanzado por Gracián de Ripalda, ya que ambos consiguieron huir: el primero al no regresar cuando partió para recaudar el dinero del rescate y el segundo cuando, con permiso de la señora de Ureta, salió a dar un paseo en compañía de su hijo y ya no volvió.

Los datos son conocidos a través del pleito entablado años después, en 1521, cuando Lope de Biscarret regresó del exilio acogiéndose al indulto; se acusaba de facilitar la fuga de los hermanos Axiain⁷. Sus declaraciones fueron condicionadas por el indulto al que se pretendía acogerse.

4. UN ANÁLISIS CRÍTICO EN TORNO A LAS VERSIONES CREADAS

4.1. Las supuestas participaciones locales

Las múltiples citas que se advierten en torno a la participación de navarros y guipuzcoanos solo se producen con el objetivo de obtener beneficios por parte de los implicados y asentar el nuevo poder establecido. El rey se reservaba la concesión de premios, gracias, mercedes, etc., como objetivo para alcanzar las adhesiones de los ciudadanos del territorio recién invadido. Pensar que existieron beamonteses durante la conquista como cuerpos separados del poder, es creer en la inoperancia de Fernando el Católico para imponer su jerarquía, y ese supuesto no se produjo, tal como basta con apreciar los resultados. Así, se menciona también a Charles de Góngora, Charles de Artieda, Miguel de Donamaría y Gracián de Ripalda hostigando a componentes de las tropas del cerco, siempre bajo las órdenes del duque de Alba. Todos ellos comparten un historial militar marcado por la ambición. Góngora, Donamaría y Esparza prestaron juramento de fidelidad «al estilo de España», los dos primeros para tomar a su cargo las fortalezas de Monreal, Lumbier y Burgui.

La sumisión a los dictados del nuevo soberano es similar en los tres y figura en documentos del Archivo General de Simancas con sus firmas. Reproducimos, a modo de ejemplo, el de Remón de Esparza (el resto son similares):

Como hombre hijodalgo y alcayde que soy de la fortaleza de Burgui que es en el Reino de Navarra, de cuya tenencia me hizo ahora merced el muy alto, católico y muy poderoso señor el rey don Fernando, rey de Aragón y de Navarra, nuestro señor, hago pleito homenaje en manos del señor Lope Sánchez de Valenzuela, caballero de la orden de Santiago, así mismo hombre hijodalgo que de mi lo recibe una y dos y tres veces, una y dos y tres veces, una y dos y tres veces según el fuero,

7 AGN, Procesos, Meoz, Pendientes, Año 1521, fajo 1506-1528, n.º 14 (ahora: Tribunales, n.º 248847).

uso y costumbre de España; que seré a su alteza bueno, leal y verdadero servidor en todas cosas y doquier que viere o supiere su mal o su daño se lo desviaré y estorbaré a todo mi leal poder, y cuando por mi persona no pudiere, lo haré luego saber a su alteza.

Y que haré de la dicha fortaleza de Burgui guerra y paz por mandado de su alteza y le acogeré en ella cada y cuando que en ella quisiere entrar, de día o de noche, con pocos o con muchos, y que daré y entregare voluntariamente la dicha fortaleza al dicho católico rey nuestro señor [a]yrado o pagado o a su cierto mandado, cada vez que me lo pidiere. Y que haré bien y fielmente todo lo que cualquier bueno y fiel alcaide debe y es obligado de hacer. Lo cual así todo prometo que lo haré y cumpliré so pena de aleve y traidor y fementido y de todas las otras penas en que caen e incurrén los alcaydes que quebrantan el pleito homenaje hecho a su rey y señor natural. En fe de lo cual firmé la presente de mi nombre (Esarte, 2006, pp. 32 y ss.).

Fueron, pues, militares de obediencia absoluta al monarca, al igual que los italianos o los alemanes, que también engrosaron dichos ejércitos a partir de Carlos I, quienes se encargaron de atacar a sus propios convecinos. Los navarros que siguieron al conde de Lerín, por lo tanto deberían ser considerados por la historiografía como traidores de lesa majestad a sus reyes y al reino. En este ámbito, la socorrida versión de que la conquista de 1512 estuvo precipitada por las diferencias de agramonteses y beaumonteses es falsa y ha sido aprovechada en relatos muy posteriores, arrastrándose hasta la actualidad, para así justificar la acción ofensiva de un soberano extranjero cuyo objetivo siempre fue el de inmiscuirse, por una vía u otra, en Navarra. Hoy sabemos que la conquista de Navarra no fue fruto de una guerra anterior de cien años entre agramonteses y beaumonteses.

4.2. Belate: un enfrentamiento no aclarado

Hasta los años ochenta del siglo XX figuraron oficialmente en el segundo cuartel del escudo de Gipuzkoa los doce cañones que, según las crónicas, los guipuzcoanos consiguieron arrebatar a los ‘franceses’, cuando estos se batían en retirada por el puerto de Belate. El combate fue rodeado por una aureola de epopeya que poco tiene que ver con la realidad de lo sucedido.

El relato oficial de la famosa captura de los cañones proviene de los cronistas Luis Correa (2000) y Mártir de Anglería (1953-1956). El primero se encontraba en Navarra en el momento de los hechos, y el segundo actuaba como canciller y escribano del propio rey Católico. A pesar de la diferente forma en que ambos describieron los hechos, se deduce claramente que no existió la legendaria batalla, apreciándose que luego se sirvieron de ella los protagonistas para conseguir gracias y mercedes reales.

Con toda seguridad hay relatos menos interesados que se ajustan más a lo que verdaderamente ocurrió en las estribaciones de Belate los días 6 y 7 de diciembre de 1512. La fecha la aporta Nicolás de Soraluze (1870, p. 455) y la confirma Joane de Almádoz, testigo presencial de los hechos, cuando afirma que las vacas robadas al monasterio de

Belate por Diego López de Ayala fueron sacrificadas «el miércoles, al día siguiente de haber quitado la artillería»⁸.

Al margen de estas fuentes, hemos contrastado esta fecha en otros documentos coetáneos. Los canónigos de Pamplona elaboraron un documento el día del saqueo del monasterio de Belate por las tropas castellanas, y está fechado el 7 de diciembre. Teniendo en cuenta que las tropas salieron de Pamplona el día 1, resulta imposible que hubiera muchos soldados en la zona, salvo si estaban custodiando los cañones. La distancia entre Arre (a la vuelta de la esquina del monte Ezcaba) y el alto de Belate puede ser de unos 25 kilómetros, distancia que se puede recorrer en cuatro horas andando (las marchas militares toman como base los seis kilómetros y medio a la hora). ¿Quién podía hallarse allí siete días después?

La magnificada y casi legendaria captura de los cañones –botín francamente valioso– se debió más a los azares de la fortuna que al mérito de las armas. A falta de otros datos, las dudas sobre los hechos llevan a manejar supuestos, que aunque no válidos, dan un soporte a lo que pudo ocurrir probablemente. Los que fueron a cortar el paso de las tropas que se retiraban del cerco de Pamplona, lo hicieron en una jornada militar improvisada. Cuando menos resulta extraño que no hubieran valorado que era difícil que las tropas en retirada se encontraran todavía en el alto del puerto (si no imposible), una semana después de dejar el cerco de Pamplona, y que se mantuvieran en el puerto. Faltan también datos para saber si las tropas que se retiraron de Pamplona fueron asistidas en el monasterio de Belate, y quién dio de comer a los artilleros que se estacionaron en la casa del puerto, a menos de un kilómetro del monasterio.

Es más, teniendo en cuenta que las tropas guipuzcoanas se movilizaron por órdenes de Pamplona, estas llegaron tarde, pues hubo de transcurrir un tiempo para preparar y disponer de ellas. La distancia que recorrieron por parajes escabrosos debió de alcanzar una extensión que superaba el doble de la existente entre Ezcaba y Belate. Las fechas de su presencia en Belate los días 6 y 7 de diciembre son las más plausibles en cuanto al tiempo invertido.

4.3. El saqueo del monasterio de Belate

Las tropas del gobernador de Gipuzkoa que se adueñaron de los cañones y el día 7 saquearon el monasterio, se apropiaron también del ganado propiedad del monasterio de Belate y del pueblo de Almandoz, que se hallaba pastando en los montes cercanos. Fueron medio centenar las vacas sacrificadas las que sirvieron para alimentar a las tropas del capitán Diego López de Ayala (a quien acompañaban los señores de Berástegui y Alzate). Un año después se abrió una información para conocer los hechos, que revela los detalles por los que los afectados reclamaban una indemnización de ochocientos ducados. Es a través de esa documentación de Almandoz por la constatamos los días 6 y 7

⁸ AGN, Papeles Sueltos, Primera serie, leg. 23, carp. 43. La fecha del día 7 en miércoles corresponde a datos notariales.

como los de la llegada de los españoles y el expolio del monasterio. Lo relata Florencio Idoate, aunque equivocando el relato de los hechos, pues culpa a los que huían de los perjuicios causados:

El monasterio de Belate contaba con varios pecheros en Elizaburu, Lizaso, Larraizar, Elso y otros pueblos, y le pertenecían el patronato de las iglesias de Almandoz y Lekaroz, constituyendo el priorato de Santa María de Belate adscrito al cabildo de la catedral, con una cofradía aneja. Como lugar de paso obligado en el camino real de Pamplona a Baztán, sufrió el más completo saqueo en 1513, cuando se retiraban las tropas del destronado rey don Juan, tras su frustrada intentona para recobrar el reino perdido.

Según la relación del suceso, que obra en el citado archivo catedralicio, los saqueadores se llevaron cuanto hallaron: «puercos, porcillos, ansares, ansarinos, capones, gallos, gallinas, quesos, tocinos, arbejas, lentejas, fabas, castañas, pan, vino, trigo, ordío, avena, centeno, comunia, girón, calderas, espedos, cujares, tajadores, platos, picheras de estaño y de tierra, ropas de lino y lana, tobajas, tobálones, servietas, línzuelos, una taza de plata, dineros de oro y plata, paños de cabeza de los donados, rosarios de rezar, estolas...», etc. No estaba mal surtida la casa, desde luego; mala suerte de topar con ella los hambrientos soldados en retirada, Era entonces prior el canónigo don Lope de Erro, quien consiguió un edicto de excomunión contra los ladrones, en el que las maldiciones más terribles se amontonan sobre ellos, aunque habría sido en vano. Algunas de ellas tienen su gracia: «Avispas entren por sus narices e no cesen de entrar e salir» (Idoate, 1966, p. 543).

En realidad, no solamente robaron los ganados para alimento de las tropas, sino que lo que se produjo fue verdadero saqueo y expolio del monasterio de Belate por los soldados castellanos. El monasterio estaba gobernado entonces por el canónigo Lope de Erro, quien vio cómo la «gente española» dejaba el hospital vacío de toda clase de bienes, desde los animales más grandes hasta el ropaje y los graneros, pasando por vasijas, estolas, rosarios y otros objetos de valor. A consecuencia de este saqueo, su prior denunció los hechos ante el oficial y vicario del obispo, que unos meses más tarde redactó la excomunión general contra sus autores, si bien no ha quedado constancia de que se llevase a efecto. El documento nos fue proporcionado en su día por José Goñi Gaztambide⁹, y aparece reproducido en el libro *La conquista de Navarra* (Esarte, 2001).

Posteriormente, el prior de Belate y los ganaderos del «busto» se quejaron ante la Cámara de Comptos de que el capitán Diego López de Ayala y sus soldados les tomaron cincuenta y una vacas y un buey, habiéndosele prometido al mayoral, Miguel de Alcoz, que les serían pagados, sin que esto se hubiera producido. Valoraron el ganado sustraído en dieciséis florines por cabeza, y Comptos ordenó al fiscal Johan de Oscáriz que informara. La investigación debió de terminar con dicho trámite, puesto que ni frailes ni ganaderos cobraron por sus animales. Al parecer, tampoco la excomunión dictada por los canónigos de la catedral se llevó a efecto. Finalmente,

9 Archivo de la Catedral de Pamplona, Belate, n.º 80.

al pueblo de Almandoz, que sufrió daños y expolios, se le trató de resarcir en 1515 mediante el perdón de los cuarenta florines que debía pagar en concepto de cuarteles (Castro & Idoate, s. f.).

4.4. La Venta de Odoloa u Odolaga

En la explanada existente en la cumbre de Belate, y mirando hacia la costa, existe un edificio de propiedad municipal que lleva el nombre de Odolaga. En mis investigaciones en las secciones de Protocolos Notariales y de Procesos del Archivo General de Navarra, he encontrado que su existencia documentada se extiende cuando menos hasta la década de 1530. La casa se arrendaba anualmente junto con las hierbas de pasto, y fue causa de muchos litigios. En ella guardaba sus armas y banderas Sancho Itúrbide, alcalde del Valle de Baztan, hasta que perdió la alcaldía (1595).

Conocemos la ubicación del caserío, que todavía subsiste en el alto, y su elocuente nombre en euskera (odol significa sangre). A mi juicio, debió de ser el lugar donde se refugiaron los artilleros que debieron quedarse protegiendo los cañones a la espera de poderlos pasar por el puerto, dado que se quedaron en el Alto, a falta de poder bajarlos. Su nombre ha perdurado hasta el presente. Quien haya empujado carros u otros cuerpos de peso por tierra húmeda, sabe que es más fácil arrastrarlos hacia arriba que hacia abajo, tanto en el caso de las personas como en los animales. La falta de asiento firme en el suelo imposibilita arrastrarlos cuesta abajo, por lo que es de suponer que así ocurrió con el cañón que se encontró caído en un barranco. Sostengo pues esta hipótesis, más aún atendiendo a la falta de caminos empedrados constituidos como senderos de ganado.

El caserón llamado Odolaga, actualmente de propiedad municipal (pendiente de valorar la fecha de construcción y/o reconstrucciones), reúne condiciones como para acoger dos docenas de ganado mayor o el correspondiente de personas. El lugar es el adecuado para albergar a un número determinado de hombres, que rondaría precisamente el de alemanes que debieron de quedarse custodiando los famosos cañones.

4.5. Consolidación de la conquista

El duque de Alba mandó hostigar a los soldados franco-navarros y gascones, pidiendo al duque de Nájera que los persiguiera, pero este no quiso hacerlo. También se le ordenó a sus capitanes Pedro López de Padilla y Charles de Góngora, quienes, como ya se ha dicho, así lo hicieron. Estos personajes parecen ser los mismos que se citan en otra versión relativa al apresamiento de unos doscientos berneses con su capitán Coloma a la cabeza. El día 4 de diciembre el señor de Góngora regresó a Pamplona, conduciendo a los prisioneros capturados, mientras arrastraba sus banderas por las calles. El duque de Alba también cursó órdenes a Diego López de Ayala, alcaide de Fuenterrabía, para que reuniendo tropas adecuadas estas cerraran los pasos montañosos a los soldados que se batían en retirada «medio desbaratados de hambre y frío».

Posteriormente se producirían episodios esporádicos pero continuos, que revelan una resistencia que, aunque débil y poco conocida, impedía que arraigara una adminis-

tración estable, ya. Tanto la posesión de Amaiur, perdida al año siguiente, como la de San Juan de Pie de Puerto, tuvieron vidas inestables y arriesgadas mientras estuvieron en manos españolas.

Por otro lado, dos días antes de regresar el duque de Alba a la Corte, Fernando el Católico nombró a Diego Fernández de Córdoba, marqués de Comares y Alcaide de los Donceles, virrey y capitán general en Navarra, con todas las facultades militares y políticas de sus cargos: «en cualquier parte de él tengáis jurisdicción civil, criminal, mero y mixto imperio y toda otra jurisdicción alta y baja, puniendo y castigando».

En la provisión de nombramiento, el monarca castellano-aragonés justificó el nuevo cargo, aduciendo que: «Nos personalmente no podemos residir en todos los reinos y señoríos que Dios nuestro señor nos ha encomendado», en una fecha en que todavía no había sido reconocido por las Cortes navarras. Lo que no le impedía condenar a «los que olvidando la fidelidad que nos debían han cometido el crimen de lesa majestad, merecen perder sus bienes», revelando así la existencia de confiscaciones en bienes de fallecidos, condenados, exiliados y fugitivos, y cómo estos habían sido otorgados a terceros. La reparación de daños y suministro de alimentos prometidos a cuenta de lo consumido por las tropas y los perjuicios habidos, no pasaron de ser un brindis al sol (Esarte, 2001, capítulo 2.12).

5. LA CONFRONTACIÓN MILITAR NO CULMINÓ EN BELATE

José María Doussinague, uno de los estudiosos que han trabajado el tiempo del Rey Católico, analizó la correspondencia que los embajadores de dicho rey mantuvieron y cuáles fueron sus funciones. Los valiosos apéndices de su monografía sobre el cisma de Pisa suman ciento cincuenta y cinco documentos compuestos de cartas y convenios. Entre los datos que recogió en la Sección de Estado del Archivo General de Simancas está la información del que fuera embajador en Navarra no solo en el momento crítico de su conquista, sino ya desde hacía casi veinte años, Pedro de Hontañón. Conquistada Navarra, Hontañón se mantuvo en el reino como informador para el rey castellano. En concreto, Doussinague nos traslada la información de una de las cartas de dicho embajador fechada el 1 de abril de 1513, a un mes de los sucesos de Belate.

En el subcapítulo «Proyectos de paz con Francia», Doussinague recrea la paz firmada por el Católico y Luis XII entre el 1 y el 18 de abril de 1513, sosteniendo textualmente que fue un acuerdo entre enemigos para repartirse Navarra, en el que participó el cismático obispo Carvajal como enlace y gestor. A juicio de Doussinague, se trataba de:

robustecer el propósito del rey Católico de hacer en lo posible la paz con Luis XII [...] [puesto que] una inquietud interna hacía incierta la suerte de Navarra [...] algunos señores después de haberse presentado en la Corte del rey católico y de haberle jurado lealtad, vueltos a sus tierras imaginaban combinaciones para volver a traer a Navarra la dinastía francesa. Tenía informes precisos el rey por su antiguo embajador en la Corte de Pamplona, Pedro de Hontañón, que en carta de 10 de enero de 1513

le aconsejaba [...] poner presos a unos y desterrar a otros de Navarra si quería estar seguro de aquel país. Por otra parte, el rey don Juan de Albret preparaba sus tropas para volver a invadir Navarra; en Sumbilla, el mariscal de Navarra reunía hasta 2.000 soldados, y por el norte de los Pirineos había preparativos guerreros [...] (Doussinague, 1946, pp. 403-404).

Realmente, lo que describe Hontañón es que en la regata del Bidasoa se estaban reuniendo dos mil combatientes, lo que no hubiera sido posible si la zona hubiese estado dominada por los castellanos. No menos interesante resulta que, a partir de ahí, el rey Fernando tratara de llegar a un acuerdo con Luis XII de Francia para que este no diera apoyos a los navarros resistentes, que todavía combatían en Amaiur y San Juan de Pie de Puerto.

Estas negociaciones y acuerdos guardan relación directa con otros hechos ocurridos entre los años 1513 y 1514, que apuntan a una resistencia navarra ahogada por ambas monarquías. El dato, tomado de la correspondencia diplomática, deja constancia de que existía una resistencia latente y viva a pocos meses de la victoria de Belate. El castillo de Maya/Amaiur, por ejemplo, se resistía todavía por aquel entonces a las tropas castellanas, por lo que hubo que volver a traer las fuerzas asentadas en Gipuzkoa para tomarlo ese mismo año de 1513, de ahí que tampoco se pueda hablar de una victoria tan aplastante, como lo pretenden las crónicas.

La información aportada el 13 de abril de 1513 por el alcaide de la fortaleza de San Juan Pie de Puerto, Diego de Vera, revela unas dificultades de abastecimiento casi totales, a pesar de que incluso se llevaron a cabo ajusticiamientos en la zona. Se quejaba el oficial castellano de no poder comprar suministros por su carestía, y pedía que fuesen atendidos desde Fuenterrabía y Pamplona. Para el intento de tomar el castillo de Amaiur Diego de Vera mandó doscientos hombres de infantería y cincuenta de caballería, pero fueron rechazados con dos heridos y la muerte del capitán Ureta. Drásticamente, se muestra partidario de derrocar las casas fuertes de «los desleales del valle de Baztán y Ultrapuertos», mientras solicita al virrey trescientos de caballería y los peones de Fuenterrabía (Esarte, 2001; 2012, pp. 84 y ss.).

Este relato vuelve a poner en cuestión que vinieran guipuzcoanos armados para la toma del castillo, ya que los azadoneros, peones y/o atalayas (guías) no eran combatientes, sino que los acompañaban pagados a las tropas de soldada de los mandos citados. Los refuerzos pedidos y las necesidades que sufrían las tropas, según informaba Diego de Vera, mostraban que los habitantes de la región no estaban del lado de los ocupantes. La realidad, en suma, resulta más sencilla que los relatos novelescos al respecto.

La situación aportada por los relatos directos de las personas relacionadas muestra que, con este cambio de alianzas, Fernando II buscó consolidar la ocupación de Navarra y cerrar el resistente frente pirenaico. A partir de ahí, acusó a los Albret de poca fidelidad. En una misiva a la reina de Francia, Ana de Bretaña, dirá de ellos que «nunca le fueron buenos amigos y servidores», y además de restar importancia a los acontecimientos bélicos anteriores surgidos entre ambas coronas, buscó el descrédito del rey de

Navarra ante Luis XII: «el Cristianísimo rey o los que por él trataban por contentar a los susodichos de Labrit, no quisieron creer a su Católica Majestad». En paralelo, ofreció un pacto contra los ingleses y sus intereses en Francia, que consolidó con el matrimonio de su nieto Fernando con Renata, cuñada del futuro rey de Francia, Francisco I, duque de Angulema. De esta forma, trataba de anular definitivamente el apoyo francés a los reyes navarros y asegurarse así el dominio sobre el territorio navarro. El Tratado de Urtubia de abril de 1513 lo constató así: «en las cosas del reino de Navarra, el rey de Francia no solamente no ayudará al rey don Juan de Labrit y a la reina doña Catalina de Foix ni a sus herederos, contra el dicho Católico rey ni contra sus herederos, mas para la defensión del dicho reino ayudará al dicho Católico rey y a sus herederos».

6. LA SIMILITUD DE INTERESES DE FRANCIA Y ESPAÑA FRENTE A NAVARRA

6.1. Los intereses de ambas monarquías

Con el afianzamiento interior de la ocupación, tanto en lo militar como en lo político, Fernando el Católico volvió a prestar total atención a la diplomacia internacional. Para el rey de Francia, el pequeño reino pirenaico no era sino una pieza más en la enconada lucha que le enfrentaba a la otra gran potencia europea de la época, la monarquía católica española. No debe extrañar, pues, que Luis XII aceptara la propuesta que le hiciera Fernando el Católico en Lyon, a través de su embajador, oferta que consistía en sacrificar Venecia a cambio de un tratado de paz con Francia. Esta oferta la hizo el rey Católico a espaldas de la Liga Santa que tenía firmada el año anterior y negaba los tratos con el rey de Francia.

De hecho, estaban aún vigentes las bulas que amenazaban con la excomuni3n a quienes mantuvieran cualquier tipo de trato con el monarca franc3s, lo que constituye una muestra de la escasa moral de los protagonistas. Culminadas las negociaciones, Fernando el Cat3lico y Luis XII suscribieron la Paz o Tregua de Urtubia, que habr3a de estar vigente por un a3o. En virtud del acuerdo, el Cat3lico renunci3 el 1 de abril de 1513 a sus pretensiones sobre los condados de Foix y Bearn, basadas en los derechos de su esposa, Germana de Foix. Por su parte, el rey de Francia aceptaba el dominio hispano en N3poles y retiraba su apoyo a los reyes de Navarra.

La propia reina de Francia era partidaria de sellar la paz mediante un matrimonio entre los hijos de ambos monarcas, pero su muerte a principios de 1514 trastoc3 el proyecto, sin que ello afectara a la situaci3n de Navarra. A juicio del padre Mariana, estas paces y treguas facilitaron el que «los nuestros tuvieran comodidad, no solo de mantenerse en lo que pose3an, sino de pasar adelante en la conquista» (Boissonnade, 2005, cap. XIX, p. 371).

6.2. Las paces de Urtubia y Orle3ns. Sus art3fices

Como m3s adelante veremos, tras este acuerdo el Cat3lico qued3 libre para afianzar su presencia en el reino pirenaico, tanto en el terreno militar como en la implantaci3n de una administraci3n claramente pro-castellana. El mism3simo Maquiavelo se percat3-

ba del éxito de Fernando II cuando decía: «El rey de España ha querido fortificarse en el reino de Navarra, que ha conquistado y cuya posesión deseaba. Este reino le guarda toda la España. En otro tiempo tenía miedo todos los días de ser invadido por esta parte. Ahora son los franceses quienes deben temer sus ataques [...]. De este modo el rey de Francia se volverá atrás muy de prisa y el de Aragón habrá consolidado su conquista de Navarra» (Boissonnade, 1961, tomo IV, pp. 9-12).

Unos meses después de que se levantara el cerco sobre Pamplona, el Católico declinó participar en un nuevo proyecto militar con los ingleses, que pretendían el apoyo del rey Fernando para conquistar la Guyena. Fernando, al negarse a colaborar con los ingleses, manifestó así la razón de su negativa: «porque los de Guyena no piensen que entro yo en ella como en lo de Navarra, diciendo que por ser cismático el rey de Francia y dar la Iglesia sus bienes a quien los tomare, puedo yo tomar y retener aquellos para mí». Doussinague juzga sobre esta actuación, que la razón verdadera fue que en aquel momento, ocupada ya Navarra, Fernando trataba la paz con Francia a espaldas de sus propios aliados, para así asentar su dominio en Navarra (Doussinague, 1946, p. 603, apéndice 90 y p. 629, apéndice 115).

La realidad era que ya desde enero de 1513 Fernando estaba negociando una tregua con el rey de Francia. La oferta, como ya se ha dicho, era muy simple y consistía en que el Católico renunciaba a los derechos de su esposa Germana de Foix sobre el Bearn y otras tierras situadas dentro del reino de Francia (que se mantenían en disputa), mientras que el monarca francés abandonaba sus pretensiones al reino de Nápoles y, sobre todo, se comprometía a no ayudar a los reyes de Navarra en ningún momento ni circunstancia. Las negociaciones culminaron en abril de 1513 con la firma entre el Católico y el rey Cristianísimo de la Paz de Urtubia a espaldas de sus aliados de la Santa Liga. La concordia hacía constar que tendría efecto en «los reinos y dominios de los mismos reyes», constituyéndose así en aliados para mantener la ocupación de Navarra (Doussinague, 1946, p. 603, apéndice 90 y p. 629, apéndice 115).

Entre los representantes del monarca Católico en la firma de esta paz encontramos como encargado de llevar a cabo las negociaciones al cardenal Bernaldino de Carvajal. Carvajal había sido excomulgado por haber participado en el conciliábulo de Pisa, donde se había intentado deponer al papa Julio II. Cardenal que ni siquiera había abjurado del cisma (lo hizo posteriormente, el 27 de junio de 1513). También participó Jaime de Conchillos, obispo de Catania, que lo hizo como canciller en «su reino de Navarra», sin que haya constancia de que pisara su suelo. En representación del rey francés acudieron a la firma de la paz, entre otros, Odet de Foix, señor de Lautrec y familiar de los Albret, que no puso ningún reparo ni exigió o demandó reparación alguna para Navarra¹⁰. Con este cambio de alianzas, Fernando II buscó consolidar la ocupación de Navarra y cerrar el frente pirenaico.

10 Doussinague (1946, p. 667). 23 de octubre de 1513.

6.3. Fernando y sus concordias analizadas por Maquiavelo

Como es sabido, Maquiavelo, coetáneo de Fernando II de Aragón y I de Castilla, editó un libro basado en la semblanza de dicho rey, publicando en el mismo las mejores directrices para imponer el nuevo modelo de Estado Moderno. En él describe los métodos más prácticos, de los que entresacamos los siguientes párrafos:

[...] un príncipe de nuestros días, el cual no es correcto nombrar aquí –príncipe o monarca que– a menudo se ve obligado [...] a actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión [...] [pero] ha de parecer al que lo mira y escucha, todo clemencia, todo fe, todo integridad, todo religión. Y no hay cosa más necesaria de aparentar, que se tiene esta última cualidad –y proclama sobre el mencionado que– no predica jamás otra cosa que paz y lealtad, pero de la una y de la otra es hostilísimo enemigo.

Y mencionándolo expresamente revela que «de rey débil que era, se ha convertido por su fama y por su gloria, en el primer rey de los cristianos». Relata después cómo sostuvo sus ejércitos con el dinero de la Iglesia y del pueblo, lo que proporcionó gran renombre a su ejército. «Sirviéndose siempre de la religión, recurrió a una santa crueldad, expulsando y vaciando su reino de marranos». Finalmente, Maquiavelo entendió los ataques y apertura de frentes en África, Italia, Francia, como batallas proyectadas para no dejar espacios entre una y otra acción, impidiendo que se llevaran a cabo actuaciones contra él, con lo que las guerras, le «han mantenido siempre en suspenso y asombrados los ánimos de sus súbditos» (Maquiavelo, 1532/1999, pp. 105-106 y capítulo XXI, pp. 123-125).

A primeros de marzo de 1514, cuando la tregua de Urtubia estaba a punto de expirar, Fernando el Católico propuso a Luis XII un nuevo tratado de paz, que fue suscrito en Orleáns poco después y que mantenía los artículos del acuerdo anterior. El compromiso francés de no ayudar ni militar ni financieramente a Juan de Labrit en sus intentos de recuperar Navarra, reino del que ya se titulaba monarca Fernando el Católico, fue total. La neutralización francesa fue tan completa que Luis XII rechazó una oferta de Enrique VIII de Inglaterra para apoyar un nuevo intento de liberar el reino pirenaico. El inglés, que se había sentido engañado por el aragonés en el proyecto de julio de 1512 de invadir Francia (que incluía apoyo castellano para la ocupación de la Guyena por los ingleses), ofreció a Luis XII diez mil arqueros, pero este se negó a apoyarle¹¹. Está claro que al francés tampoco le interesaba un reino navarro independiente.

El domino sobre los navarros pudo ya ejercerse sin problemas, dada la paz entre ambos monarcas: ¿Dónde quedaban las razones dadas para la guerra y para justificar la excusa de la invasión de Navarra? ¿Dónde quedaba la previsión frente a un hipotético ataque francés por parte del pacto franco-navarro de Blois?

11 Esarte (2001, p. 436). Boissonnade (1961, pp. 35-36). Carta de Nicolás Maquiavelo a su amigo Vettori.

7. CONCLUSIONES

La estrategia del duque de Alba, con la táctica de tierra quemada y ocupación de las plazas de Tafalla, Sangüesa y otras, antes de encerrarse en Pamplona, las medidas tomadas en la ciudad (toque de queda y apoyos locales a base de proporcionar alimentos a los civiles que colaborasen), y el dar tiempo a que se aproximaran fuerzas nuevas para el descerco fueron medidas tomadas desde la experiencia militar, que permitieron el triunfo al descerco.

La salida de los cercadores se produjo en dos direcciones: la del Bearn y la de Belate. Los primeros pretendieron conseguir su huida pasando por Aoiz, y en sus cercanías fueron capturados los navarros y gascones que optaron por ese camino con su capitán Coloma, el día 4 de diciembre por los capitanes Pedro López de Padilla y Charles de Gón-gora. La contundencia de los datos referidos a estas operaciones de castigo contrastan con las pocas referencias que se dan en el caso de las tropas que salieron de Gipuzkoa, a partir de la recepción de la orden desde Pamplona, lo que permite afirmar que no llegaron a tiempo para alcanzar al grueso del ejército en retirada, sino más bien a las tropas más lentas y desperdigadas. En este grupo debería contarse a aquellos alemanes que quedaron encargados de realizar el penoso ascenso de Belate con la artillería.

Los hechos posteriores confirman que la victoria no fue tan importante como se quiso mostrar. Fueron doce cañones los tomados, pero no hubo ni ejércitos derrotados ni entrega de grandes señores. El rey Fernando necesitó de aliarse poco después con el rey francés para dominar un territorio que no llegó a controlar claramente hasta la toma del castillo de Amaiur en 1513, lo que demostraría el escaso valor militar de lo acontecido en Belate.

8. LISTA DE REFERENCIAS

- Adot Lerga, Á. (2015). *Juan de Albret y Catalina de Foix o la defensa del Estado navarro (1483-1517)*. Pamplona.
- Ayerbe Iríbar, M.^a R. (2009). *Estudio histórico-jurídico sobre el escudo y blazon de Gipuzkoa*. Donostia-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa.
- Boissonnade, P. (1961). *Historia de la incorporación de Navarra a Castilla*. Buenos Aires: Ekin.
- Boissonnade, P. (2005). *Historia de la incorporación de Navarra a Castilla*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Castro Álava, J. R. & Idoate Iragui, F. Catálogo del Archivo General de Navarra. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, vol. XLIX, n.º 191 y 214.
- Correa, L. (1843). *Historia de la conquista del reino de Navarra por el duque de Alba (circa 1515)*. Pamplona. (Edición de J. Yanguas y Miranda).
- Correa, L. (2000). *La conquista del reyno de Navarra por el Duque de Alba, Toledo, 1513*. (Reed. *La conquista del reino de Navarra*. Pamplona: Fundación Diario de Navarra, siguiendo edición de José Yanguas y Miranda de 1843, con prólogo y notas críticas para la presente edición de J. M. Usunáriz).

- Doussinague, J. M. (1946). *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco. Cuerpo A. Diccionario Enciclopédico Vasco. Vol. 4.* (1977). San Sebastián: Auñamendi.
- Esarte Muniain, P. (2001). *Navarra, 1512-1530. Conquista, ocupación y sometimiento militar, civil y eclesiástico*. Pamplona: Pamiela.
- Esarte, P. (2006). *El mariscal Pedro de Navarra*. Pamplona: Pamiela.
- Esarte Muniain, P. (2011). *Breve historia de la invasión de Navarra (1512-1530)*. Pamplona: Pamiela.
- Esarte, P. (2012). *Fernando el Falsario. Imposturas sobre la conquista de Navarra*. Pamplona: Pamiela.
- Idoate Iragui, F. (1966). *Rincones de la historia de Navarra*. Pamplona.
- Isasti, L. de. (1850). *Compendio historial de Gipuzkoa*. Donostia. (Vol. III).
- Jimeno Aranguren, R. (2012). Un documento inédito del Archivo Secreto Vaticano sobre la conquista: breve papal mandando derribar los edificios religiosos extramurales pamploneses y la construcción de otros nuevos intramuros, *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 19, 221-228
- Maquiavelo, N. (1532/1999). *El Príncipe*, Madrid: Alianza Editorial.
- Mártir de Anglería, P. (1953-1956). Epistolario, I, II y III. *Documentos inéditos para la Historia de España*, vols. IX, X, XI, Madrid: Maestre.
- Monreal Zia, G. & Jimeno Aranguren, R. (2011). *Textos histórico-jurídicos navarros. II. Historia Moderna*. Pamplona.
- Monteano, P. J. (2010). *La Guerra de Navarra (1512-1529). Crónica de la conquista española*, Pamplona: Pamiela.
- Ostolaza Elizondo, M.^a I. & Panizo Santos, J. I., Berzal Tejero, M.^a J. (2011). *Fernando el Católico y la empresa de Navarra (1512-1516)*. Pamplona.
- Pescador, A. (2012). *Navarra, 1510-1513. Diario de una conquista*. Pamplona: Pamiela.
- Solaruce y Zubizarreta, N. de. (1870) *Historia General de Guipúzcoa*. Vitoria-Gasteiz. (Reed. L. Soria Sesé [ed.]. 2011. *Historia General de Guipúzcoa*. Donostia/San Sebastián: Fundación para el Estudio del Derecho Histórico y Autónimo de Vasconia. Textos jurídicos de Vasconia, Gipuzkoa, 2).